

La resistencia fué mucho mayor cuando llegaron al pie de las alturas que hay delante de Cavriana. La principal de estas colinas, llamada monte Fontana, se hallaba defendida por toda una división del séptimo cuerpo, tropa que aún no había entrado en acción y se hallaba exenta del desaliento y el cansancio que empezaban á sentir la mayor parte de los regimientos austriacos. Los cazadores argelinos tomaron posiciones en los bordes de la colina, pero pronto fueron arrojados de allí. Un segundo ataque, aunque sostenido por una porción del 45.º y del 72.º de línea, fracasó también. Mac Mahón tuvo que formar nuevas columnas y hacerlas apoyar por la guardia. Entonces los austriacos retrocedieron, pero batiéndose y causándonos crueles bajas. Allí sucumbieron los coroneles Laur y Donay y muchos otros valientes. Por fin nos apoderamos del monte regado con nuestra sangre. Detrás estaba Cavriana. Otro esfuerzo y la victoria sería definitiva.

Hacia unas cuantas horas que Cavriana era el cuartel general de Francisco José. Este celebraba aún consejo con sus tenientes cuando los obuses empezaron á estallar sobre el pueblo. Al mismo tiempo nuestra artillería de alcance iba á sembrar la muerte hasta en los batallones enemigos que se consideraban al abrigo. Ninguna lisonja cortesana podía disimular la derrota: el centro austriaco se encontraba deshecho. En medio de tanta desgracia subsistía una esperanza, la de que una victoria alcanzada sobre las alas disminuyese la humillación de la derrota, permitiese quizá proclamar la jornada indecisa y asegurase, cuando menos, la seguridad de la retirada. Por la parte del lago de Guardia, las noticias transmitidas al cuartel general austriaco no tenían nada que pudiese destruir aquella suprema esperanza. Benedeck tenía en todas partes á los piemonteses en jaque: en vano los sardos multiplicaban sus tentativas para recuperar San Martino. Por la parte de Medole, ¿no sería posible obtener igual ventaja y rechazar el cuarto cuerpo francés ó contenerlo al menos?

No parece que el general Wimpffen, comandante del primer ejército austriaco, que con el noveno, el tercero y el undécimo cuerpos luchaba desde por la mañana contra los batallones de Niel, contribuyese á mantener aquella confianza. ¡Cosa singular! Mientras Niel dudaba de su fortuna, Wimpffen desconfiaba de la suya. A las dos de la tarde había escrito al emperador: «Dos veces he tratado de tomar la ofensiva..., pero ya no puedo mantenerme firme.» Indicaba las medidas que creía propias para proteger la retirada, y añadía: «Siento no poder anunciar á Vuestra Majestad resultados mejores (1).» Una hora después, habiendo recibido sin duda nuevas órdenes del emperador y recobrado quizás alguna esperanza, se dispuso á renovar la lucha.

Rebecco, Baite y Casa Nuova fueron atacadas de nuevo. Por nuestra parte el valor no disminuía, pero sí las fuerzas. Los esfuerzos del enemigo se concentraban sobre todo en torno de Casa Nuova. Una carga de los húsares del general Clerambault permitió un instante á Vinoy reconstituir sus filas y dar respiro á sus tropas extenuadas. Pronto llegó otra columna de ataque dirigida por el príncipe Windischgrätz. Este avanzó á cu-

(1) *La Campagne d'Italie de 1859*, redactada por la división histórica del Estado mayor de Prusia, pág. 175. — *Der Krieg in Italien*, tomo II, 2.ª parte, pág. 297.

bierto hasta la granja, penetró en ella y sucumbió heroicamente; su muerte, lejos de paralizar el combate, lo convirtió en encarnizada lucha; sus soldados confundidos con los nuestros se obstinaron en llevarse su cadáver. Una nueva carga de caballería proporcionó á Vinoy un segundo descanso. Mientras tanto, la lucha continuaba en Baite y en Rebecco. Volviendo á tomar la ofensiva, Niel trató varias veces de avanzar hacia Guidizzolo, siendo cada vez rechazado. Culpó á la insuficiencia de sus fuerzas, abultó un poco en su imaginación las ventajas que le aseguraría un poderoso refuerzo, se quejó de la inercia de Canrobert y le envió mensajero tras mensajero. El comandante del tercer cuerpo, no contento con haber llamado á Trochu, acababa de llamar también á la división Bourbaki, pues por la parte de Marcaria no aparecía ningún cuerpo enemigo. Era muy tarde y Bourbaki no había de entrar en línea de combate. Al menos llegó Trochu. Niel le mandó avanzar hacia Guidizzolo. Sin apresurarse, Trochu reunió á sus soldados, les expuso lo que esperaba de ellos, les encargó que tirasen poco y con buena puntería y los condujo al enemigo con tanto orden y sangre fría como lo hubiera hecho en un campo de maniobras. Aquella marcha metódica é inteligente desconcertó á los austriacos: asustados por la llegada de aquellas nuevas tropas, desalentados de sus vanos esfuerzos, extenuados de fatiga, cedieron el terreno, y Trochu les persiguió hasta medio camino entre Casa Nuova y Guidizzolo. Serían las cuatro y media.

Al mismo tiempo, Mac Mahón, á quien hemos dejado dueño del monte Fontana, entraba en Cavriana con los cazadores argelinos y los cazadores montados de la guardia. Los piemonteses eran los únicos tenidos en jaque en San Martino.

Se batían desde por la mañana. La naturaleza, más clemente que los hombres, pareció querer abreviar con anticipadas tinieblas aquella cruel jornada. En lo más encarnizado de la batalla, estalló una violenta tempestad de agua y granizo, acompañada de relámpagos y truenos cuyo fragor se confundía con los estampidos del cañón. Lo que el cansancio había empezado, la tempestad lo acabó. Nuestros soldados, momentos antes empapados en sudor y ahora sofocados bajo el aguacero, se dispersaron detrás de los terraplenes, bajo los árboles y en las casas de labranza. Una nube espesa que cubría con el mismo velo la llanura y las montañas ocultaba unos combatientes á otros; del uno al otro extremo del campo de batalla hubo una tregua, que pudo llamarse la tregua de Dios.

Cuando, pasado el huracán, reapareció en el horizonte el sol poniente, el espectáculo que se ofrecía á nuestros ojos no permitió ya dudar de la victoria. Durante la tormenta, el enemigo había ejecutado las órdenes de retirada ya preparadas. Más allá de Cavriana, largas columnas desfilaban hacia el Mincio, mientras algunos batallones, que se habían quedado en Guidizzolo y estaban destinados á proteger la retirada, tiroteaban todavía con los nuestros. Sólo en San Martino se prolongó la lucha. Los piemonteses no ocuparon la colina hasta la noche, lo cual permitió á los austriacos reivindicar sobre este punto la ventaja, exaltar á Benedeck y proclamar que los sardos no habían conquistado sino lo que habían abandonado ellos. Nosotros disponíamos

de una numerosa caballería: además, el tercer cuerpo permanecía casi intacto. Por exceso de fatiga, por confusión ó porque los vencedores estuviesen satisfechos con el campo de batalla conquistado, éstos no intentaron persecución alguna. A la caída de la tarde, los austriacos empezaron á llegar al Mincio; durante toda la noche y parte del día siguiente, pasaron el río, destruyendo las barcas y doblando los puentes tras de sí. Los aliados victoriosos, pero tan cansados que apenas

mismo aspecto: cosechas destruídas; largas hileras de morales con el tronco decapitado; granjas, cobertizos, cercados doblemente arruinados, por el enemigo que los había almenado para la defensa, y por los nuestros que los habían acribillado á balazos para el asalto; debajo de los escombros, en las zanjas, al pie de los árboles, los muertos de formas rígidas; después los heridos, aturdidos unos por el golpe, retorciéndose otros en los sufrimientos de la inflamación que se iniciaba; á lo



Un episodio de la batalla de Solferino

sentían la satisfacción del triunfo, durmieron en sus posiciones. El emperador dictó para la emperatriz y para la Francia un lacónico telegrama así concebido: *Gran batalla, gran victoria*. Al amanecer, la noticia llegó á Saint-Cloud, desde donde se propaló por todo París. La victoria se llamó de pronto *victoria de Cavriana*, del pueblo en que el emperador había fechado su primer parte. Cuando los despachos hubieron precisado los detalles, se quiso que el nombre de la jornada fuese el del sitio en que se había librado el más rudo, si no el más largo combate, donde se erguía la torre famosa, la *Spia d'Italia*, donde se alzan hoy la capilla conmemorativa y el osario de la batalla. Fueron absorbidas en aquella acción principal las dos acciones, casi distintas sin embargo, de *San Martino* y de *Medole*. Prevalció una sola designación, la única que subsistirá en los siglos, y la batalla del 24 de junio se llamó *batalla de Solferino*.

IX

Las noches son cortas en junio, y, cuando amaneció, el horror se sobrepuso á la alegría; todo el vasto espacio en donde la batalla se había desarrollado ofrecía el

lejos, algunos miserables merodeadores á quienes el sol ponía en fuga y que se habían aprovechado de la noche para desbalijar á los cadáveres. Todo esto aparecía confusamente, pues, como sucede siempre en la guerra, sólo veía cada cual su rincón, de la manera que se ve un fragmento de las cosas en un espejo roto. Sabíase que se había logrado la victoria, pero se ignoraban las circunstancias que la habían determinado ó que habrían podido comprometerla; y sobre todo se desconocía la parte que cada cual había tomado en la obra común, como lo prueban las siguientes palabras de una carta que en 25 de junio escribía el general Ducrot: «Dícese que el cuerpo de Baraguey de Hilliers ha tenido poca intervención en el combate (1).» ¿Quién faltaba á la lista? ¿Quién había sido muerto, herido ó hecho prisionero? Circulaban rumores de toda clase, desmentidos, confirmados y desmentidos de nuevo, que reavivaban el dolor ó la esperanza.

Durante dos días, los soldados de faena se cansaron de cavar fosas en San Martino, donde yacían amontonados unos sobre otros piemonteses y austriacos, en

(1) General Ducrot, *Vie et correspondance*, tomo I, pág. 343.

Rebecca y en la Casa-Nuova, en donde había luchado el cuarto cuerpo, en Solferino y en aquella colina de los Cipreses que parecía haberse enlutado anticipadamente por todas las sepulturas que en su seno recibiría. En el entretanto, los soldados desfilaban por delante de los mayores de los regimientos ó de los funcionarios de la intendencia para declarar acerca de la suerte que había cabido á sus camaradas, y á medida que se prestaban tales declaraciones ibanse extendiendo aquellas actas de siniestro laconismo que habían de helar los corazones de tantas madres. Mientras se enterraba á los muertos, los coches de ambulancia recogían á los heridos con una prisa que parecía muy lenta á los que sufrían, pues la jornada del 25 terminó sin que se hubiese concluido aquella tarea. Hasta al cabo de algunos días no se pudieron precisar las pérdidas, que fueron para nuestro ejército 1.600 muertos, 8.500 heridos y 1.500 desaparecidos. El ejército sardo, que había peleado todo el día con más valor que fortuna, tuvo 700 muertos, 3.500 heridos y 1.200 desaparecidos. No habían sufrido menos los austriacos, quienes, según confesión propia, perdieron 13.000 hombres, entre muertos y heridos, y casi 9.000 desaparecidos (1).

Tan grande fué el número de víctimas, que todas las previsiones resultaron equivocadas: todo faltó, material, medicamentos y hasta médicos, muchos de los cuales habían tenido que quedarse al servicio de los hospitales de Novara y de Milán. Las primeras ambulancias se habían establecido en Medole y luego en Castiglione, habiendo sido conducidos á esta última población 1.735 heridos el 24 y 1.308 el 25. Hasta entonces los recursos estaban al nivel de las necesidades, pero cuando el 26 llegaron nuevos convoyes, el apuro degeneró en alojamiento, siendo invadido todo, iglesias, edificios públicos, casas, criaderos de gusanos de seda, y en medio de una confusión que no permitía atender á nada (2). A todo esto, corrió la voz de que el enemigo se acercaba de nuevo con ánimo de atacar, y tal noticia produjo un pánico vergonzoso, viéndose entonces á los habitantes aterrizados parapetarse en sus casas y quemar las banderas francesas y á los conductores auxiliares del tren abandonar sus furgones y, para huir más de prisa, volcar en las zanjas los coches de ambulancia.

Siendo Castiglione insuficiente, Brescia fué el principal centro de evacuación; y aquella vieja ciudad, que poco antes había adornado con flores sus muros sonríbros para festejar á nuestros soldados, fué también propicia para aquellos de los nuestros que habían caído heridos en el campo de batalla, como lo prueba la contestación del alcalde que, al ser preguntado por el número de camas de que podía disponerse, respondió: «La población es de 40.000 almas, por consiguiente hay 40.000 camas.» Esta respuesta, aunque un tanto enfática, era hermosa. Y la verdad es que Brescia proporcionó camas, médicos, medicamentos y enfermeros voluntarios. Las mujeres y muchachas de la población consideraron

(1) *Campagne d'Italie*, redactada en el depósito de la guerra, págs. 450-451. — Doctor Chenu, *Rapport médico-chirurgical sur la campagne d'Italie*, pág. 225. — *Der Krieg in Italien*, tomo II, 2.ª parte, Apéndice, pág. 37.

(2) Doctor Chenu, *Statistique médico-chirurgicale de la campagne d'Italie*, pág. 328. — Enrique Dunand, *Un souvenir de Solferino*, pág. 68.

como un honor el socorrer á nuestros heridos; una de ellas se consagraba preferentemente á los cuidados más repugnantes, y al ver que esto causaba cierto asombro, dijo: «*Sono madre*,» y añadió que, habiendo perdido en Crimea á un hijo suyo alistado en el ejército sardo, esta asistencia prestada á otros soldados, que le recordaban á su hijo, le procuraba el primer consuelo que experimentara desde aquella pérdida.

Pero además de los heridos era preciso atender á las madres, á las hijas y á las esposas que la noticia del gran combate atraía á Italia: de los trenes descendían continuamente en la estación de Brescia mujeres enlutadas que apenas osaban interrogar, tanto temor les inspiraba la respuesta; una de ellas llegó en el momento en que acababa de expirar su marido. A pesar de todos los cuidados, el calor de la estación y las fatigas de la campaña enconaban á menudo las heridas, y todos los días, á ciertas horas, la larga avenida de los Cipreses que desde la puerta de San Juan conduce al camposanto, se llenaba de ataúdes, formando toda la población bresciana cortejo á los pobres muertos, á fin de que éstos encontrasen en tierra extranjera algo de los duelos y oraciones de su patria. Medole, Castiglione y Brescia tuvieron en aquel tiempo otros huéspedes, médicos, filántropos, hombres de acción que iban allí en busca de investigaciones científicas los unos y los otros á impulsos de su celo caritativo, y que sondaron las heridas y, conteniendo los movimientos de sus almas, anotaron todos los horrores que la pluma se resiste á describir, observaron prácticamente todas las deficiencias de la asistencia oficial y se hicieron cargo de los males supletorios que pueden traer consigo la confusión, los retrasos y la parsimonia. Aquellos hombres, no pudiendo suprimir la guerra, pensaron en suavizarla y de esta benéfica y cristiana inspiración nació después la *Sociedad de socorros á los heridos*.

Mientras detrás de nuestras líneas transcurría el tiempo en esos piadosos y tristes cuidados, nuestro ejército permanecía casi inmóvil en sus posiciones. Así como la batalla había sido algo abandonada al azar, así también parece que al azar se confió el cuidado de recoger los frutos de la victoria. El 25 de junio el cuarto cuerpo avanzó hasta Volta, y el 26 el mariscal Baraguey de Hilliers ordenó que una de sus divisiones llegara hasta Monzambano. Nuestras fuerzas se encontraban junto al Mincio, pero no pensaban aún pasar este río, y el día siguiente y el otro transcurrieron en igual reposo; sólo una operación se preparaba francamente, el sitio de Peschiera, que seguramente se confiaría á los sardos. Los historiadores oficiales, para explicar esta larga contemporización, invocaron posteriormente la penuria de los aprovisionamientos de víveres y también la escasez de los medios de transporte, pues todos los vehículos del país habían sido requisados por los austriacos (3). En el campamento todo el mundo extrañaba un alto que, prolongándose más de lo natural, permitía al enemigo reparar sus pérdidas; y en aquella inacción relativa se recordaban todas las circunstancias de la gran batalla cuyas huellas estaban todavía visibles; se encomiaba el poder de nuestra artillería cuyos proyectiles habían abier-

(3) *Campagne de l'empereur Napoléon III en Italie*, redactada en el depósito de la guerra, págs. 453-454.

to boquetes hasta en las segundas líneas y en las reservas austriacas; se censuraba la inercia de la caballería de la guardia, que había funcionado poco y medianamente; y se contaban con asombro las pérdidas de las tropas sardas, de las cuales se decía que habían sido llevadas al combate precipitadamente y sin unidad, resultando de esto que su suerte había sido dudosa y no había correspondido á su bravura. De todos los incidentes el más comentado era el papel que desempeñara Canrobert en la jornada de 24 de junio. Niel, tan autoritario y personal como entendido, se quejaba mucho de su colega, y reconstruyendo los sucesos se persuadía y se esforzaba en persuadir á los demás de que si se hubiese visto mejor apoyado, no sólo habría aplastado al enemigo, sino que además le habría cortado la retirada, convirtiendo la derrota en un verdadero desastre; así hablaba con aquella exuberancia meridional que le era característica y que no habían podido amortiguar en él ni los estudios de las ciencias exactas ni la práctica de la vida. A todo esto, fué Niel elevado á la dignidad de mariscal, lo que se consideró como una aprobación de su conducta y acaso también de su lenguaje. Tan grave y público disenso excitó la curiosidad hasta llegar á apasionar los ánimos: todos respetaban la ciencia y las altas dotes de capacidad de Niel; pero nadie habría discutido la lealtad, la prudencia y el valor de Canrobert. Los más sensatos hacían constar que el comandante del tercer cuerpo había seguido con ejemplar corrección las direcciones del cuartel general; las órdenes de éste eran que marchara sobre el burgo de Medole, y había llegado hasta allí y aun algo más lejos; que vigilara el lado de Marcaria, y lo había vigilado; que apoyara á Niel, y le había enviado, aunque no sin vacilar, la mitad de sus efectivos. Un general atrevido, dotado de ese golpe de vista militar que presiente las posiciones ó los propósitos del enemigo, y además resuelto hasta el punto de interpretar y aun de ampliar sus instrucciones, habría sin duda adivinado la insignificancia del peligro del lado de Mantua ó habría abandonado esta probabilidad á la suerte; habría conducido, no en porciones, sino en conjunto, sus fuerzas sobre Rebecca; y habría decidido en este punto la victoria, atribuyéndose el honor de la misma, el honor exclusivo, hasta en perjuicio de Niel que habría quedado relegado muy en segundo término. Pero ¿podía convertirse en falta, y sobre todo en falta grave, lo que era simplemente obediencia demasiado estricta, ó bien falta de inspiración y de genio? La discusión, circunscrita en un principio á las conversaciones de los Estados mayores, hizo pública pocos días después, merced al parte oficial de Niel que en términos poco disimulados acusó á su colega. Canrobert, al verse atacado, respondió violentamente, y Niel replicó con casi igual viveza, llegando la contienda á tomar unas proporciones que hicieron necesaria la intervención del emperador para apaciguarla.

Mientras los nuestros retardaban la marcha ofensiva, los enemigos les entregaron el terreno que vacilaban en conquistar: el 27 comenzaron los austriacos á evacuar la línea del Mincio para resguardarse detrás del Adigio, movimiento que continuó en los días 28 y 29, quedando terminada su concentración, en la tarde de este último día, en parte alrededor de Legnago y en parte alrededor de Verona, adonde se trasladó el cuartel gene-

ral de Francisco José. Los austriacos, por otra parte, no se desconcertaron más que después de Magenta, y aún encontraron excelentes razones para justificar su retirada, diciendo que querían reorganizarse, que el Adigio, con Verona y Legnago constituían una barrera mucho mejor que el Mincio, que era mucho menos ancho y mucho menos hondo; y que los aliados se verían obligados á debilitarse para dejar fuertes destacamentos delante de Mantua y de Peschiera. Así hablaban los oficiales, pero sin que nadie diera gran crédito á sus palabras: á fuerza de buscar posiciones á retaguardia, mejores siempre las últimas que las anteriores, ¿hasta dónde no se retrocedería?

Ninguna razón existía ya para retrasar nuestro avance. Baraguey de Hilliers fué el primero en pasar el Mincio; después de él lo pasó Niel con una división sarda, y el 2 de julio todo el ejército se hallaba al otro lado del río. El primer cuerpo acampó en Oliosi, el segundo en Santa Lucía, el cuarto en Custozza, y la guardia imperial y dos divisiones del tercer cuerpo se situaron en Valeggio, en donde se instaló también el cuartel general; sólo la división Bourbaki permaneció en Goito, al lado de acá del Mincio. Entre tanto, el emperador Francisco José, dejando uno solo de sus cuerpos en Legnago, se fortificaba alrededor de Verona, que parecía ser el sitio en donde se trabaría la próxima y decisiva batalla.

Apenas acababan de cruzar el río aquellas tropas, vióse que fuertes columnas, procedentes de Goito, se encaminaban hacia Salionza: era el cuerpo del príncipe Napoleón compuesto de las divisiones De Autemare y Urich, de la brigada de caballería de Laperouse y de una división toscana. Conocióse la suerte de la división De Autemare que, abriéndose paso por el Sur de la Lombardia, había siempre seguido de lejos al ejército y hasta tomado parte con uno de sus regimientos en los combates de Montebello y de Palestro; pero ¿en cuáles aventuras se había distinguido el resto del quinto cuerpo? Esto era lo que se deseaba saber cuanto antes. Los hombres parecían extenuados por la fatiga y llevaban un contingente numeroso no de heridos, sino de enfermos, y sobre todo estaban tan polvorientos que jamás un regimiento en marcha había recogido tanto polvo como el que ellos traían. Preguntado uno de los oficiales de la división Urich por sus camaradas, aquella noche en el vivaque, contestó con sonrisa entre desengañada y burlona: «Nos parecemos á esos pueblos dichosos que no tienen historia.» Los diarios de marcha que se conservan en los archivos permiten reconstituir aquel itinerario más penoso que peligroso. Los infantes del general Urich y los húsares del general Laperouse habían llegado á Florencia en los primeros días de junio; los jinetes habían acampado en las *Cascines*, pero luego, por considerarse poco sano aquel gran paseo, habían sido trasladados al Poggio Imperiale. En las *Cascines* se había establecido también la primera brigada de Urich. En el entretanto, la segunda brigada, que se había dirigido á San Marcello, «observaba la frontera del ducado de Módena.» El día 7 de junio el príncipe Napoleón marchó á Pistoia «para ver un poco la comarca,» dice con cierta ironía la relación cotidiana; el 8, un nuevo reconocimiento dirigido hacia el Norte hizo retroceder á algunos soldados de Francisco V, y al-

gunos días después, el grueso de la división abandonó Florencia. Entonces habían comenzado las etapas al través de la Italia central, etapas penosas no tanto por lo largo del camino como por el embarazo de las columnas y los ardientes calores de la estación. Los redactores de los diarios de marcha consignan en ellos, á falta de cosas más interesantes, los incidentes del camino; hacen mención de una tempestad espantosa que engrosó todas las corrientes de agua y después de la cual sintieron calores extraordinarios; describen el país, «pobre, pero con excelentes carreteras;» anotan los recuerdos históricos, y en Fornúa no dejan de recordar que aquel lugar fué célebre en tiempo de Carlos VIII. El 26 de junio fué día de gran regocijo, pues en tal fecha entraron en Parma, pasando por debajo de los arcos de triunfo levantados en celebración de la victoria de Solferino; y el 28 y el 29 pasaron el Po, no sin algunas dificultades, pero siempre con el mismo pacífico aparato. Así había terminado aquella marcha con más mal humor que entusiasmo: soldados y oficiales murmuraban en voz baja de sus fatigas sin gloria, siendo el más descontento de todos el príncipe Napoleón, quien se desataba en violentos denuetos contra la inercia de los toscanos; más hombre de ingenio que militar, echaba de menos sus comodidades que aquella expedición á pleno sol había venido á perturbar, hasta que, no pudiendo ya resistir más, acabó por abandonar á sus tropas y adelantarse á ellas. «Monseñor habrá encontrado que hacía demasiado sol,» escribía irreverentemente el general Ducrot.

La llegada del quinto cuerpo que, contando con la división toscana, constaba de más de 25.000 hombres, completaba nuestra concentración, y todo parecía dispuesto para que prosiguiese la guerra en gran escala. De Francia acababa de salir una nueva división, la Huges, que se dirigía á Milán; en Génova se equipaba una legión húngara; el general piemontés Cialdini maniobraba en las montañas y Garibaldi se presentaba en Tirano.

Apresurábase el envío del parque de sitio destinado á las operaciones contra el cuadrilátero, y el 3 de julio llegaban á Pozzolengo las primeras piezas, al mismo tiempo que el ferrocarril llevaba hasta Desenzano, á orillas del lago de Guardia, lanchas cañoneras desmontadas que habían de concurrir á los ataques de Peschiera y que, montadas ya, no sin grandes trabajos, iban á ser lanzadas al agua de un momento á otro. El Austria, acosada por todos lados por tierra, no estaba menos amenazada en sus costas: una escuadra á las órdenes del vicealmirante Román Desfossés había penetrado en el Adriático y ocupado el día 3 de julio, sin disparar un tiro, la isla de Losini. A la disposición del almirante habíase puesto un cuerpo de desembarco, compuesto de las mejores tropas, y con esto y con los demás refuerzos que se enviarían nadie dudaba de que Venecia, ante una demostración tan vigorosa, caería muy pronto en nuestras manos.

Estas noticias, propagadas en el ejército, hacían presagiar una próxima acción, que se creyó inminente cuando, en 6 de julio, una orden del cuartel general dispuso para el día siguiente un inusitado aparato de fuerzas; el mariscal Canrobert, teniendo de reserva la guardia, había de apoyar su derecha en Valeggio y su

izquierda en Venturelli; el mariscal Mac Mahón había de cubrir las colinas que se alzaban delante de Santa Lucía; Niel había de situarse delante de Oliosi; Baraguey de Hilliers había de extenderse alrededor de Castelnovo, y el príncipe Napoleón, á retaguardia de Baraguey de Hilliers, había de colocar sus divisiones en las inmediaciones de la carretera real, dispuesto á acudir á la derecha ó á la izquierda, según fuese necesario. Minuciosas disposiciones determinaban los ulteriores movimientos, ajustados á los que se suponía que había de efectuar el enemigo; todo estaba previsto y con abundancia de detalles asombrosa: los soldados llevarían sus mochilas, pero sólo con cartuchos y galleta, llenarían sus cantimploras con agua mezclada con aguardiente, dejarían sus capotes en el campamento y evitarían los tiros inútiles. Nunca el emperador había dado disposiciones tan precisas; decididamente le agradaba su papel de general y no pensaba en renunciar á él.

El 7 de julio, al despuntar el día, todas las tropas tomaron las armas y ocuparon sus posiciones de combate; pero transcurrieron las horas sin que se presentara el enemigo, y el sol estaba ya muy alto en el horizonte cuando se recibió la orden de regresar á los acantonamientos. Los soldados volvieron á ellos de muy mal humor, fatigados de aquella espera inútil, pero, por otra parte, contentos de encontrar en el vivaque alimento, descanso y sobre todo un poco de sombra. Algo más habían de encontrar allí, sin embargo: el emperador desenvolvía su política como un autor experto desarrolla una novela de folletín, y no le disgustaba interrumpir la acción en el momento más dramático. A la una circuló por los campamentos una noticia inaudita, extraordinaria: el telégrafo de campaña acababa de transmitir á todos los comandantes de ejército un despacho del emperador concebido en los siguientes términos: «Hay armisticio entre el emperador de Austria y yo.»

X

Por imprevisto que fuera aquel golpe teatral, no es difícil desentrañar á qué influencias obedeció al darlo el emperador.

Ya hemos visto sus primeras preocupaciones en Milán; en aquella ciudad estaba todavía cuando los austriacos comenzaron á evacuar toda la orilla derecha del Po, hecho que trajo consigo la caída de todos los tronos ya quebrantados: la duquesa de Parma primero y el duque de Módena después habían abandonado sus Estados, y al mismo tiempo habíase extendido la revolución por las Romañas. Poco después se supo que el Piamonte, sin anexionarse todavía las provincias sublevadas, había enviado allí, como antes enviara á Toscana, comisarios investidos de una dictadura provisional que se ejercía en nombre del rey. Decididamente Víctor Manuel se emancipaba y á su lado Cavour iba adquiriendo una importancia que ningún súbdito debe tener. Con el doble objeto de calmar al público y de refrenar la codicia piemontesa, publicóse en el *Monitor* una nota en la que se decía: «Crean algunos que el Piamonte va á reunir toda la Italia en un solo Estado; tales conjeturas carecen de todo fundamento. Las poblaciones libertadas ó abandonadas quieren hacer causa común contra el Austria, pero las dictaduras no son más

que un poder temporal (1).» Así dogmatizaba el órgano oficial, mas por desgracia la inquietud se revelaba por la misma insistencia en tranquilizarse y en tranquilizar á los demás.

El emperador había encontrado en cada etapa de su camino, desde Milán al Chiesa, los mismos motivos que determinaban sus preocupaciones; al final de aquella marcha había topado con las colinas de Solferino, y en aquella jornada se portó admirablemente, exponiéndose más de lo que á un jefe de Estado corresponde, porque lo cierto es que era tan valiente como bueno. Y esta misma bondad, que le honraba, hizole más dolorosa la victoria: reproducíase allí el espectáculo de Magenta en un campo más vasto y más espantoso, y el éxito, cualquiera que fuese, obligaba á nuevos triunfos. Enfrente estaba el cuadrilátero fortificado por la naturaleza y por los hombres y además defendido por un ejército poderoso y, aunque vencido, no desorganizado; para aquella guerra en grande habríase necesitado al primer Bonaparte, cuyo recuerdo revivía en aquellos lugares; pero Napoleón, ocioso es decirlo, no tenía la juventud, ni la actividad, ni el golpe de vista militar de aquél, y sobre todo carecía de aquella impasibilidad cruel que es el signo distintivo de los verdaderos conquistadores.

Los sentimientos de Alemania eran otro motivo de apremiante preocupación, pues cuanto más avanzábamos en Italia, tanto más aparentaban alarmarse los Estados de la Confederación germánica. Prusia, contenta de las derrotas de los austriacos, pero inquieta por las victorias francesas, vacilaba entre sus celos satisfechos y su miedo, que comenzaba á despertarse; vencería el miedo, ó quebrantaría la resolución la esperanza de algún importante provecho? En París, el general Randon, encargado como ministro de la Guerra de la defensa general del territorio, estaba cada día más asustado de una lucha que hubiera de sostenerse á la vez en dos partes, y ante este temor titubeaba en debilitar las guarniciones del Este, en dejar indefenso el interior, en desprenderse de sus mejores oficiales: «No quiero privarme de mis mejores elementos,» respondía al mayor general cuando las peticiones de éste se hacían demasiado apremiantes. «Y sin embargo, replicaba Vaillant con cierto mal humor, es necesario reemplazar á los muertos y á los heridos.» La correspondencia entre ambos generales, que, dicho sea de paso, era muy escasa, limitábase ordinariamente á este diálogo, y al final cada uno cedía algo y se llegaba á una transacción, lo cual era la mejor manera de no contar con bastantes fuerzas, en caso de necesidad, sobre el Rhin ni sobre el Po.

A todo esto, recibió el emperador noticias particularmente graves: desde el 23 de junio, los partes médicos venían señalando un considerable aumento en el número de enfermos, sobre todo entre los soldados bisoños que llegaban de los depósitos; y desde la jornada de Solferino el cansancio, el calor y á menudo también lo tardío de los cuidados habían determinado entre los heridos muchos accidentes purulentos. En los días siguientes, á consecuencia de los insomnios, de las malas condiciones de los vivaques y de una alimentación irregular, multiplicáronse los casos de diarrea y de fiebres

intermitentes ó palúdicas, hasta el punto de causar verdadera inquietud. El día 2 de julio, el barón Larrey, cirujano mayor del ejército, escribía á los médicos que tenía á sus órdenes: «Ofrecerá graves inconvenientes el calificar ciertas complicaciones morbosas con sus verdaderos nombres, por ejemplo *el del tífus*; por esta razón os ruego, así como á vuestros colegas de Milán, que procedáis con la mayor reserva en la calificación de las enfermedades graves.» Los médicos, cumpliendo la indicación del doctor Larrey, se guardaron de pronunciar ó escribir los nombres prohibidos. Pero lo que el



El general Cialdini

público no supo hasta más adelante, sípolo sin duda el emperador inmediatamente: á principios de julio había en los hospitales ó enfermerías 25.000 enfermos (2); y aunque las ambulancias austriacas contenían un número mucho mayor de éstos (3), el consuelo resultaba mediocre, sobre todo para el alma humanitaria del emperador.

Bajo estas influencias diversas habíanse manifestado los primeros síntomas de una voluntad que no pedía otra cosa que dejarse conmovir. Habiendo sido conducidos á Génova muchísimos prisioneros, Napoleón III en persona ordenó inmediatamente que se les atendiera y hasta que se hicieran anticipos á los oficiales que lo necesitaran; y después de Solferino, los heridos enemigos fueron cuidados con gran solicitud y se adoptaron las medidas convenientes para que sus familias tuviesen noticias de su estado y para que llegaran á su destino los recuerdos piadosos ó los legados de los muertos. Un mensajero de Francisco José que había ido á reclamar el cadáver del príncipe Windischgraetz, fué acogido con extremada benevolencia por el emperador, quien le suplicó que diera á su soberano las gracias por el buen trato que dispensaba á los cautivos

(2) Chenu, *Statistique médico-chirurgicale*, tomo II, pág. 877(3) Véase *Campagne d'Italie*, por la división histórica del Estado mayor de Prusia, págs. 134-135.(1) *Monitor* del 24 de junio.